

REFORMA AGRARIA EN BRASIL: PARA VIEJOS PROBLEMAS, ¿VIEJAS PREGUNTAS?

Stédile, Miguel Enrique. *Brasil: reforma agrária como solução*. Petrópolis, Editora Vozes, 2025, 152 pp.



Julián Vergara

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras,
Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina
juliannahuel2009@hotmail.com
ORCID: 0009-0005-7697-6143

En *Brasil: reforma agrária como solução*, Miguel Stédile, integrante de la Coordinación Nacional del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), propone un recorrido histórico destinado a señalar distintos momentos en los que Brasil habría tenido la oportunidad de modificar su rumbo y encontrar en la redistribución de la tierra una salida a la desigualdad económica estructural.

A lo largo de once capítulos ordenados cronológicamente, el libro analiza la cuestión agraria brasileña desde el período anterior a la conquista de América hasta la actualidad. Para ello, recurre al estructuralismo marxista, que le permite formular su hipótesis sobre la especificidad del problema agrario en Brasil: el país habría desaprovechado tres oportunidades de realizar una reforma agraria capaz de democratizar el acceso a la tierra y poner fin a las desigualdades originadas durante la colonización portuguesa.

En los cuatro primeros capítulos, Stédile establece el marco teórico del libro y desarrolla los conceptos necesarios para comprender la problemática agraria que examinará más adelante. Entre ellos se encuentran la definición de la ganancia, la explicación del surgimiento de la propiedad privada, las luchas de clase por el acceso a la tierra presentes ya en la antigua Grecia y los comienzos de la lógica capitalista a escala global. Estos capítulos no solo abordan la historia social y política de la cuestión agraria, sino que también delimitan la posición del autor: ante la desigualdad entre quienes monopolizan la tierra y quienes no pueden acceder a ella, los modelos basados en la propiedad comunal ofrecerían mayor estabilidad y cohesión internas (p. 20).

La historia del acceso a la tierra aparece, así, atravesada tanto por triunfos como por experiencias trucas; estas últimas abundan especialmente en América Latina, en buena medida como consecuencia de la influencia estadounidense.

Los capítulos cinco, seis y siete se concentran en el caso brasileño y recorren el desarrollo de la estructura productiva de la tierra desde la colonia hasta la actualidad. El diagnóstico diacrónico conduce, acaso demasiado pronto, a una respuesta: la agricultura de Brasil se organizó históricamente en torno a grandes latifundios que concentran la mayor cantidad de tierras y orientan la producción hacia la exportación. Esa concentración desplaza a la agricultura familiar hacia tierras de menor calidad. Como resultado, sostiene Stédile, el país perdió a lo largo de su historia tres oportunidades de transformar la estructura agraria debido a la interferencia permanente de los intereses latifundistas en la política nacional.

Sin embargo, esta enumeración de etapas tiende a desatender el desarrollo histórico, económico y político en los niveles nacional y continental, y a desdibujar las particularidades de cada coyuntura. Se pierde, así, la posibilidad de examinar en profundidad las razones por las cuales Brasil no alcanzó una transformación más radical de su estructura agraria. Es cierto que el señalamiento de los gobiernos brasileños que defendieron el capitalismo, la maximización de las ganancias y la acumulación originaria permite comprender la alianza entre las élites latifundistas y el Estado. Aun así, insistir en cada supuesto momento clave en el que el país perdió una oportunidad histórica, sin detenerse en sus diferencias, termina por diluir los matices. Es probable que el carácter divulgativo de la obra explique este recorte, pero el resultado sacrifica la especificidad necesaria para aportar nuevas perspectivas a un problema largamente debatido.

Por ejemplo, al analizar la situación agraria durante el gobierno de Vargas, Stédile sostiene que el Estado brasileño se concentró en un nacionalismo económico que modernizó los sectores estratégicos, mientras mantenía inalterada la estructura latifundista (p. 59). Esta lectura resulta, a mi juicio, problemática, pues presenta la prioridad concedida al sector urbano como una omisión deliberada y premeditada del varguismo. Reducir la significación histórica y regional de ese modelo político a un marco analítico particular implica invisibilizar una agenda que no respondía a un desinterés intencional, sino a una lógica de desarrollo cualitativamente distinta.

Un problema semejante aparece en el análisis del desarrollismo de Kubitschek y de su lema de realizar en cinco años lo que “no había podido

hacerse en los últimos 50" (p. 61). La lectura mantiene la misma lógica: como en el caso anterior, la estructura latifundista no era la prioridad de un gobierno que buscó en la inversión extranjera el capital necesario para el desarrollo industrial. De este modo, el análisis termina por equiparar la influencia geopolítica de Estados Unidos sobre el gobierno de Kubitschek con el nacionalismo de Vargas y por reducir las diferencias políticas entre el PTB y el PSD a una misma premisa: ningún gobierno quiso confrontar de manera decisiva la desigualdad en el acceso a la tierra.

El sexto capítulo aborda el período que se extiende desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. El mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial quedó signado por la bipolaridad política y la radicalización ideológica: la polarización entre capitalismo y comunismo transformó conflictos locales en disputas de alcance global. En ese contexto, el cierre del capítulo retoma con mayor fuerza el eje del libro: si la reforma agraria constituía la salida que Brasil necesitaba, nunca había ocupado un lugar tan central en los debates como a fines de la década de 1950. Por entonces, se la presentaba como una vía para superar el subdesarrollo que impedía el crecimiento y la independencia económica.

Según Stédile, ese debate encontró una expresión política decisiva durante el gobierno de João Goulart. Ante la presión creciente de actores como las Ligas Camponesas, Goulart anunció las reformas de base, que hicieron parecer posible, como nunca antes en la historia de Brasil, la concreción de la reforma agraria. Stédile resume el desenlace en la frase "no hubo tiempo" (p. 69): el golpe de Estado interrumpió el proceso pocos días después del anuncio y puso fin no solo a la democracia, sino también a cualquier intento de redistribución de la tierra favorable al campesinado.

La dictadura impulsó luego el Estatuto da Terra que, paradójicamente, funcionó en la práctica como la primera ley de reforma agraria del país, aunque al servicio de los intereses terratenientes y en consonancia con los de Estados Unidos. La medida no solo buscó aliviar tensiones y evitar que se repitiera una revolución como la cubana, sino también reorientar la producción agrícola hacia los monocultivos de exportación. El séptimo capítulo estudia, precisamente, la situación agraria durante la dictadura. Aunque menciona la creación del Instituto Brasileiro de Reforma Agrária (IBRA), la redistribución territorial de mano de obra precaria y la modernización de la maquinaria rural, el análisis deja la impresión de que podrían haberse extraído conclusiones más amplias. Habría sido posible abrir debates más enriquecedores sobre esta transformación al servicio del capital internacional,

en lugar de limitarse a reiterar que la ausencia de una reforma al servicio del campesinado representó otra oportunidad perdida. Por ejemplo, preguntarse qué implicancias tuvo la transformación agrícola como base de acumulación ante el proceso de endeudamiento con organismos internacionales habría enriquecido las aristas del tema.

Por otra parte, el retorno a la democracia y los aportes reformistas de la Constitución de 1988 sirven como antesala para proyectar el problema irresuelto hacia el nuevo siglo. El libro los presenta de manera lateral y sin un desarrollo profundo, lo que sugiere que los movimientos campesinos de la recuperación democrática no reciben el mismo peso analítico que los procesos abordados para la dictadura. Esta menor profundidad se advierte cuando Stédile señala que la concentración de la tierra permanece inalterada, "al igual que en los últimos 500 años" (p. 78). Dado que integra el MST y dedica varias páginas a la historia, los principios y los logros del movimiento (pp. 118–124), resulta comprensible que relativice los avances realizados si el objetivo central de concretar una reforma agraria continúa pendiente. No obstante, la persistencia del problema estructural no debería conducir a desestimar el valor estratégico de los cambios acumulativos, la democratización del acceso a los derechos y las disputas ganadas por las propias bases.

Los cuatro últimos capítulos adoptan un tono abiertamente programático y están destinados a defender la reforma agraria. Stédile presenta mejoras en los niveles de vida y en la producción de los asentamientos y las cooperativas, y subraya el papel de la educación como factor de transformación. Señala que, gracias al MST, 400.000 familias accedieron a la tierra mediante la expropiación de terrenos improductivos. Para mostrar los resultados obtenidos por las familias beneficiadas, recurre a datos de la Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG), que indican una mejora en la calidad de vida en contraste con los municipios donde la actividad agropecuaria se contrae. A ellos suma los datos del Índice de Complejidad Económica (ICE) para sostener una tesis clara: el agronegocio no equivale a una mejora en la calidad de vida de la población. La producción concentrada y orientada hacia la exportación impide el crecimiento de industrias locales capaces de transformar las materias primas y generar empleo.

A ello se suma un amplio conjunto de datos procedentes de los censos del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), que permiten describir el número de establecimientos, su distribución y el peso económico del agronegocio. Stédile ofrece, en este punto, una crítica concisa del papel

funcional que este modelo cumple para las grandes corporaciones. Según el autor, aunque la participación efectiva del agronegocio en el PBI total del país es inferior al 10 %, ya existe una estructura empresarial que controla toda la cadena productiva rural —desde las semillas hasta la venta de productos agroindustriales— y relega a la agricultura familiar (pp. 89–104). Cabe preguntar, entonces, qué alternativas efectivas puede ofrecer un país productor a su población frente a una estructura de esas características.

El capítulo final subraya la dimensión humana del acceso a la tierra para las familias que carecen de medios suficientes. Las últimas páginas presentan una alternativa ya operativa frente al agronegocio: la agroecología y las cooperativas de prestación de servicios (CPS), entre ellas la Cooperativa de Produção Agropecuária Vitória (COPAVI). Según el libro, el MST ha creado 185 cooperativas en todo el país. Estas organizaciones buscan convertir las tierras expropiadas en asentamientos habitables y con capacidad de crecimiento. Los resultados de esas experiencias están respaldados por indicadores elaborados por la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp) y la Universidade Federal de São Carlos (UFSCar), que aportan información sobre el crecimiento de los municipios participantes. Por un lado, los datos muestran que la renta estimada de las familias supera los tres salarios mínimos, cifra superior al promedio nacional en el ámbito rural; por otro, evidencian la iniciativa de los movimientos para ofrecer una respuesta allí donde el Estado se retira. Cabe preguntarse si la red socioeconómica propuesta por el autor puede ampliarse al resto del país o si esos avances dependen, precisamente, de su carácter localizado.

Stédile recurre, asimismo, a una interpretación decisiva de la Constitución de 1988. Los detractores de la reforma agraria suelen ampararse en el artículo 5.º, inciso XXII, para sostener que la propiedad privada constituye un derecho inviolable, pero omiten que la propia Constitución condiciona ese derecho al cumplimiento de su función social. Desde esta perspectiva, la expropiación de latifundios improductivos no viola el derecho de propiedad, sino que cumple un mandato constitucional que obliga al Estado a intervenir cuando la tierra deja de satisfacer ese principio. Así, la propuesta de reforma adquiere una base jurídica que excede la mera formulación programática.

En conclusión, el libro presenta con claridad la concentración de la tierra como un problema estructural. Desde su posición militante, Miguel Stédile articula una argumentación apoyada en numerosas fuentes estadísticas para defender la necesidad de una reforma agraria frente al modelo

extractivo del agronegocio. Expone con solidez para quiénes resulta rentable ese modelo: a lo largo de la historia brasileña, las grandes corporaciones recibieron importantes beneficios del Estado y, mediante una lógica de extracción asentada sobre el latifundio, privilegiaron la ganancia por sobre las necesidades de la población. Sin embargo, organizar la historia agraria bajo una serie de oportunidades perdidas y sostener la inmutabilidad secular del latifundio conduce al autor a homogeneizar procesos históricos divergentes y a reducir la especificidad de cada coyuntura al subsumirla en un objetivo final aún no alcanzado. La oposición entre quiebre radical e inmovilidad absoluta tiende a relativizar los avances parciales; aun así, el libro abre nuevas preguntas para un debate central sobre las desigualdades brasileñas contemporáneas.